

tengas constancia de ello), lo que se encuentre de mis diarios, originales, cartas propias y ajenas, dibujos, etc., debe ser totalmente reducido a cenizas sin haber sido leído» (29 de noviembre de 1922).

Las cartas son un emocionante testimonio de esa relación donde la mirada siempre inédita de Kafka, su perspicacia sublime y su hábito metafísico, se reflejan con absoluta armonía en el carácter realista, fraterno y muchas veces ambicioso de su amigo Max.

Su amistad con Brod se inició el 23 de octubre de 1902. Un año más joven que Kafka, Brod era de baja estatura, con una grave deformación de su columna vertebral que resaltaba aún más su poca talla. Se conocieron en la sala de conferencias y lectura de la Confederación de Estudiantes Alemanes. Salvo los nacionalistas antisemitas y los judíos ortodoxos, el resto de los estudiantes se afiliaban a dicha Confederación una vez superados los estudios secundarios. Un día, Brod, que cursaba el primer año universitario, leyó allí un pequeño ensayo sobre Schopenhauer, en el que hacía su elogio, al mismo tiempo que trataba a Federico Nietzsche como un «estafador». Kafka se quedó tan impactado por la drasticidad de Brod que, venciendo su timidez, acompañó a éste a su casa mientras le discutía el rigor de sus palabras. La charla derivó hacia otras discrepancias literarias y Brod recuerda que Kafka citó una frase de Hofmannsthal («El olor de la piedra húmeda en un vestíbulo») y luego se quedó largo rato sin añadir nada más, como si aquella enigmática frase pudiera hablar por sí misma. Dice Brod muchos años después: «Aquello me causó tan honda impresión que todavía recuerdo la calle y la casa delante de la cual la conversación tuvo lugar». Pese a que la memoria de Brod no fue siempre prolijamente fiel (por ej. la frase de Hofmannsthal es de una obra de 1904 y mal podía citarla Kafka en 1902) lo significativo es el recuerdo de aquella impresión del encuentro entre dos seres que comenzaban su larga y entrañable andadura por la vida. Es necesario decir, además, que Brod era pianista y compositor y Kafka asistió a conciertos en los que su amigo interpretaba a los clásicos o daba a conocer sus obras, pese a que la música para Kafka —como para Sigmund Freud— era territorio vedado e inaccesible.

Agrega Brod que la auténtica amistad tuvo su acta fundacional cuando concertaron un pacto para impedir que

enmoheciesen sus conocimientos de griego: «Leímos juntos el *Protágoras* de Platón con ayuda de una traducción y nuestro diccionario del Instituto, pero a menudo con gran dificultad... Lo que más nos gustaba era la descripción pintoresca e injuriosa de las actividades de los sofistas y la ironía platónico-socrática». Leyeron también juntos a Flaubert. Habrían de transcurrir años antes de que Kafka se confiara a Brod de una manera entregada y absoluta. Estas cartas lo testimonian. Todas las peripecias de la vida de Kafka (su obstinado insomnio, su oficinofobia cotidiana, sus conflictos parentales, su aversión matrimonial, sus amores frustrados, su asfixia en los engranajes sociales, su impotencia ante la posibilidad de la huida, su tuberculosis inexorable y a la vez su hipocondría como tormentoso vínculo con la muerte, su judaísmo interrogante, su increíble pudor, su alegría fraternal contagiosa, su mandato literario), todas las peripecias de aquella complejísima personalidad, digo, desfilan por estas páginas estremecidas.

Algunos críticos han señalado, para mí con arbitrario énfasis, que la amistad de Kafka y Brod adoleció de distancia afectiva, juicio que basan en palabras de Kafka a Felice Bauer: «Nunca he tenido con él una de esas conversaciones en las que uno pone todo su ser en tensión». Pese a este ocasional testimonio (Kafka se contradijo repetidas veces respecto de todos los seres que lo rodearon), lo cierto es que dicha amistad fue honda y sincera. El mismo Walter Benjamin, con su agudeza habitual, ha señalado: «Su amistad con Brod tuvo por tanto ese sentido provechoso. No fue otra cosa que un orden, una especie de pacto secreto, una amistad entre escritores, profunda y basada en la confianza, que se desarrolló totalmente bajo el signo de su mutua labor creadora». Un pacto secreto, señala Benjamin. ¿Y qué es realmente una amistad auténtica sino un pacto secreto entre dos seres recíprocamente necesitados?

Ya en los primeros momentos de dicha amistad, escribía Brod en su diario: «Este no es un caso de escritor de talento, en el sentido corriente de la palabra, sino que aquí hay que hablar directamente de genialidad (...) Veo en Kafka al mayor escritor que ha producido nuestra época». Además, el conocimiento profundo que Brod tenía de Kafka —de sus timideces, de su perfeccionismo, de sus reticencias obsesivas— lo hizo transformarse en su autopromulgado «mediador» ante la sociedad, an-

te los directores de publicaciones y editores de la época («Yo me encargaré personalmente de llevar tu causa a buen fin», le escribe). En su afán de hacer justicia, Brod «perpetra» un acto inédito en la historia de la literatura: en el semanario literario berlinés *Die Gegenwart*, el 9 de febrero de 1907 y a raíz de un comentario bibliográfico sobre un libro de Franz Blei (*Der dunkle Weg*), escribe: «Es un signo del alto nivel cultural alcanzado actualmente en la literatura alemana la prueba de que tenemos a algunos que alcanzan a ese nivel y ornan las facetas más variadas de la existencia con su arte y su crueldad. Heinrich Mann, Wedekind, Meyrink, Franz Kafka y otros más pertenecen al grupo de los consagrados». ¿Es preciso señalar que hasta ese momento Franz Kafka no había publicado ni una sola línea? «Querido Max: supone un esfuerzo quitarme mis andrajos durante el día y vestir un traje de calle; por eso tengo que vivir como un animal nocturno» (Praga, 29. 5. 1906). Y un año más tarde: «Puesto que conozco la indecisión, no conozco otra cosa, pero cuando algo me requiere, caigo en mil nimiedades previas totalmente cansado, en parte por la inclinación y en parte por la duda: yo no podría resistir la decisión del mundo» (Triesch, 15.8.1907). Y en la misma carta: «Ando mucho en moto, me baño mucho, me tiendo desnudo en el prado junto al lago, estoy hasta la medianoche en el parque con una muchacha fastidiosamente enamorada (...) he bebido mucha cerveza y también he estado en el templo», para agregar algo más adelante (Praga, 9.1908): «es tan imperiosa la necesidad de buscar a alguien únicamente para que me toque con cariño, que ayer estuve con una prostituta en el hotel».

Progresivamente Kafka y Brod van trazando el itinerario de una búsqueda recíproca donde la amistad se fortalece día a día. «Necesito tu ayuda. Si hay 8 personas en el contexto de una conversación, cuándo y cómo se ha de hacer uso de la palabra para no parecer callado» o «Qué relación más hermosa la que comienza de este modo» o «Mañana me regalaré un lavado de estómago. Intuyo que saldrán cosas repugnantes» o esta conmovedora carta desde Praga del 27.5.1910 a raíz del cumpleaños de Brod: «Praga, 27.5.1910. Aquí tienes, querido Max, dos libros y una piedrecita. Para tu cumpleaños siempre me he empeñado en encontrar algo que, por su neutralidad, no pueda cambiar, no se pueda perder, no se pueda deteriorar y no pueda olvidarse. Y después de

haber pensado durante meses no encontraba otra solución que enviarte un libro. Pero lo de los libros es una plaga (...) En otra ocasión olvidé intencionadamente tu cumpleaños, aquello fue mejor que enviar un libro, pero tampoco fue bueno. Por ello ahora te envío una piedrecita y te la seguiré enviando mientras vivamos. Si la conservas en la cartera te protegerá, si la dejas en un cajón tampoco será inútil, pero si la tiras será lo mejor. Porque, sabes, Max, mi amor por ti es mayor que yo y es más bien que yo vivo en él, no él en mí, y por lo demás en mi esencia insegura tiene un mal soporte, de modo que con la piedrecita obtiene un refugio en una roca, aunque no sea más que una grieta en el adoquinado de la Schallengasse. Desde hace tiempo ella me ha salvado con más frecuencia de lo que tú piensas y precisamente ahora, que estoy más desorientado que nunca y que en plena consciencia no me siento sino medio adormecido, así, extremadamente ligero, justo apenas —ya que deambulo como con entrañas negras—, en este estado sienta bien tirar una piedra al mundo y de este modo separar lo seguro de lo inseguro. A cambio de esto ¿qué son los libros! Un libro comienza a aburrirte y no acaba o un niño rompe el libro o, como el libro de Walser, ya está arruinado cuando lo recibes. En cambio en una piedra no hay nada que pueda aburrirte, una piedra de éstas tampoco puede destruirse y si ocurre, será dentro de mucho tiempo, tampoco puedes olvidarla —porque no estás obligado a recordarla— y por último, nunca podrás olvidarla definitivamente porque en cualquier camino de gravilla la volverás a encontrar, precisamente porque es una piedra cualquiera. Y tampoco podía dañarla mediante un gran elogio, ya que el daño por elogio resulta únicamente del hecho de que lo elogiado es aplastado, dañado o confundido por el elogio. Pero ¿la piedrecita? En síntesis, he buscado para ti el más hermoso regalo de cumpleaños y te lo hago llegar con un beso que ha de expresar el agradecimiento inútil de que estés aquí. Tu Franz.»

A través de este epistolario tierno y áspero, entrañable y exigente, dolido y esperanzado (siempre la esperanza de decirlo todo), Kafka continúa atestiguando sus múltiples vicisitudes y sus obsesiones encontradas. «No puedo escribir, no he escrito un renglón que me parezca válido» (Berlín, 9.12.1910) o este impresionante testimonio: «Todo lo que poseo se dirige contra mí; lo que se

dirige contra mí ya no lo poseo... Si me duele el estómago, no consigo diferenciarlo eficazmente de un desconocido que desea atacarme. Pero lo mismo puedo afirmar de todo. Estoy hecho únicamente de pinchos que me penetran, pero si intento resistirme y emplear la fuerza, se me clavan más adentro... De hoy en adelante creeré, firme, constante e incontrovertiblemente que una bala sería lo mejor. Me limitaré a evadirme por medio de un tiro del lugar donde no estoy». Es verdaderamente emocionante la manera en que Kafka trata de comunicar a su amigo los acechantes fantasmas que lo habitan, sus alucinaciones persecutorias, su hipocondría manifiesta, su cuerpo siempre vulnerable, su fugaz y dramática consciencia de una realidad posible y gratificante, su impulso incontrolado a encontrar en las cosas una virginidad previa a su propia mirada, el lugar donde no está y desde el cual se impone atrapar una imagen inocente antes de su inexorable contaminación. «He comenzado esta carta con un lamento únicamente para que me reconozcas de inmediato» (Oybin, 23.4.1911) o «Tengo la tonta idea de querer engordar y a partir de allí curarme, como si lo segundo o tan siquiera lo primero fuese posible» (Harzburg, 18.7.1912) o «¿Realmente querrás aconsejarme —y con qué argumentos, te lo ruego— que publique conscientemente algo malo, lo cual posteriormente me repugnaría» (Praga, 3.8.1912) o «Nada, Max, nada» (Praga, 1.11.1912) o «Estoy extendido en el suelo, partido en rodajas como carne asada y con la mano arrimo una rodaja a un perro que se halla en un rincón» (3.4.1913).

*Kavka* es palabra checa que significa chova, de la familia de los cuervos. Una querida amiga, bióloga, Pilar Díaz de León, me explicó la existencia de dos tipos de chova: la piquigualda y la piquirroja. Por su información, Kafka pertenecería a la variante piquirroja (pico y patas rojas), que es la que habita en Europa. Ave muy gregaria, tanto para nidificar como en otras épocas. Su vuelo es ágil y acrobático sobre todo cuando son vuelos nupciales y su reclamo es musical. ¿Una premonición de los insalvables impedimentos que viviría Franz Kafka?

Como apellido judío de Bohemia, los Kafka existían desde el siglo XVII pero sólo desde 1878, por decreto del emperador Josef II (*Toleranzpatent*), se pudieron elegir oficialmente nombres checos para familias judías, porque hasta ese entonces las familias judías sólo podían —insisto, oficialmente— usar nombres hebreos. Simul-

táneamente el mismo decreto prohibía hablar yiddish o hebreo en las transacciones comerciales. Cuando su antepasado eligió un cuervo —insistiendo en un apellido como nombre de animal, nombres vistos peyorativamente desde la mirada del gentil, del no judío— fue quizá para Kafka, para la fantasía de aquel niño inauditamente imaginativo, el estímulo a una primera identificación con animales (gusanos, perros, ratones, roedores de toda especie, monos, topos, caballos, cuervos, transitan innumerables páginas de su obra) aunque esta identificación fuere, repito, una elección que podríamos llamar masoquista. Ni una sola vez la palabra *judío* aparece en la obra de Kafka pero sí el nombre checo y sus evidentes identificaciones: Raban, K., Samsa, Joseph K., Karl Rossman, etc., ¿burla de aquel pasaporte que presuntamente les permitiría intentar incluirse normalmente en el mundo no judío? Aquel «habitante de los sótanos» no necesitó mostrarse judío en su obra: le bastaba con identificarse con animales. El desprecio checo era el mismo. Como nieto de un matarife ritual (*schoijet*) Kafka tuvo que verse singularmente conmovido por la histeria antisemita que desató la acusación de que un judío, Leopold Hilsner, había asesinado a Anezka Hruzova en Polna, al noroeste de Bohemia, y que la sangre de la víctima había sido usada en la fabricación de *matzot* (bizcochos de pan sin levadura que tradicionalmente se comen durante la celebración de la Pascua judía). Estas historias eran siempre reivindicadas por los militantes nazis (¿estamos hoy mismo ante semejante posibilidad?). En aquella ocasión una multitud se precipitó sobre la ciudad vieja de Praga volcando tenderetes, atacando comercios y golpeando a judíos. En numerosas ciudades de Moravia sucedió lo mismo. Kafka —una de las razones de cuyo vegetarianismo era la repulsión que le causaba su abuelo degollando ritualmente animales para extraerles la sangre— debió haber sentido muy profundamente aquellas circunstancias porque en algunas de sus pesadillas (y en algunas ficciones) el cuchillo de un carnicero antisemita amenaza con darle muerte. No creo pecar excesivamente de deformación profesional si señalo que las identificaciones con animales eran, en ese sentido, una actitud reparatoria y una manera de oponerse a la plebe asesina. La actitud masoquista y la reparatoria se fundían en el abrumado pecho del autor de *El Castillo*.